

DESDE EL SANSIMONISMO A LA TECNOCRACIA DE HOY

POR

MICHELE FEDERICO SCIACCA.

Trataré el tema limitadamente al problema religioso, esto es, hablaré del «nuevo cristianismo». Decimos una vez por todas que en nuestra ponencia no pensamos desconocer cuanto de positivo han aportado los fermentos progresistas o antitradicionalistas (purificación de la concepción de Dios, caída de supersticiones y de anacronismos, etc.), pero una cosa es liberarse de lo viejo y otra echar al mar con la envoltura deteriorada también el contenido. Cámbiense esquemas, comportamientos y modalidades históricas, abandónese lo caduco, pero para reconquistar para nueva vida cuanto no está sujeto a la erosión del tiempo: y sólo esto es la tradición y también la historia, que es lo que «queda» y no lo que «pasa».

El sansimonismo y su historia se identifican con la historia de la impiedad; de ella son un capítulo. En la cultura occidental se encuentran dos formas fundamentales de impiedad, ambas de antigua fecha, pero que se propagan desde el momento que el Occidente se va corrompiendo. La primera desde el Seiscientos y desde el iluminismo hasta hoy, coincide, en el fondo, con el ateísmo vulgar del llamado libre pensamiento: ruptura de los vínculos con Dios o irreligión y tentativa del hombre de ponerse como autosuficiente para poderse congratular consigo mismo, autoglorificación heroica o prometeica. La segunda, que se enlaza con la primera, se configura en formulaciones cada vez más precisas y perfeccionadas a medida que avanza el progreso técnico-industrial y con él la transformación ambiental de la sociedad: naturalización y humanización pura y simple de Dios en vista de la «gran esperanza» de la organización mundial en la que convergen, de un lado, Saint-Simon,

los sansimonianos y el socialismo francés del Ochocientos, y, de otro, Feuerbach, Marx y los diversos marxismos hasta la actual «teología de la muerte de Dios». Tal humanización de la religión comporta «forzar... a entrar en los confines de la limitada naturaleza humana aquel elemento inmenso, sobrenatural» (A. Rosmini, *Frammenti di una storia dell'empietà*, Torino, 1966, pág. 137), es decir, una doble violación o desconocimiento del ser, del hombre que ya no ve sus límites, y del de Dios «reducido» al hombre. En vista de la humanización, la magnificación de la influencia saludable de todas las religiones y de los beneficios que han aportado a la humanidad; pero, excluido lo sobrenatural, todo esto es debido a la obra del hombre mismo aunque por él atribuido a un Dios. Los beneficios de que se habla son de exclusivo orden mundano y social; de aquí la reducción de la componente religiosa en la historia humana al nivel político-económico, es decir, al *quantum* de su contribución al progreso del *status* social de la humanidad; de ello se sigue que una religión es verdadera y el Cristianismo auténtico en la medida que colaboran con la política, la industria, la técnica, etc., es decir, «legitiman» este progreso en cada una de sus fases. Las llamadas revelaciones divinas no son más que inspiraciones que la humanidad revela a sí misma «y Cristo es aquel hombre que fue mejor que todo otro, hasta respecto de los suyos, inspirado por esa humana naturaleza, la cual se desarrolla desde luego felizmente, hasta coger aquella forma que tuvo en este hombre admirable, que fue a propósito nombrado Mesías o Cristo» (A. Rosmini, *ob. cit.*, pág. 147). Por lo tanto, Dios, que es la humanidad entera, se realizará en un nuevo estado político, social y moral de la humanidad misma. La religión significa, por consiguiente, lo mismo que la *política* en el sentido sansimoniano de la cual forman parte las ciencias, las bellas artes y la industria; y a todo esto los sansimonianos lo llaman religión.

Vamos a ver unos pasajes del *Nouveau Christianisme* (Diálogo entre un innovador y un conservador) donde se encuentran casi todos los motivos del actual «nuevo cristianismo».

«Conservador. ¿Crees en Dios? —Innovador. Sí, creo en Dios.—
C. ¿Crees que la religión cristiana tiene un origen divino? —I. Sí, lo creo.— C. Si la religión cristiana es de origen divino, no es sus-

ceptible de perfeccionamiento: sin embargo, Ud. incita, con sus escritos, a los artistas, a los industriales y a los científicos a perfeccionarla. Ud. está en contradicción consigo mismo, porque su opinión y su fe se encuentran en oposición.—I. La oposición que Ud. cree ver entre mi opinión y mi fe, es sólo aparente: es preciso distinguir lo que Dios ha dicho personalmente de lo que el clero ha dicho en su nombre. Lo que Dios ha dicho no es ciertamente perfectible, pero lo que el clero ha dicho en nombre de Dios constituye una ciencia susceptible de un perfeccionamiento como todas las demás ciencias humanas. La teoría de la teología tiene necesidad de ser renovada en ciertas épocas, como la de la física, de la química y de la fisiología [como si el contenido revelado y el criterio de la teología, que es la Revelación, fueran idénticos a los de la física, etc. Tal afirmación presupone la negación de la Revelación como cosa de curas]—. C. ¿Qué parte de la religión cree Ud. divina? ¿Y qué parte considera humana? —I. Dios ha dicho: *Los hombres deben comportarse como hermanos entre sí*; este principio sublime encierra todo lo que hay de divino en la religión cristiana. [Basta aceptar esta afirmación para que el cristianismo venga humanizado y secularizado en formas diversas, pero con éxito idéntico. En efecto, reducir la religión cristiana a este solo principio, que a fin de cuentas es el segundo mandamiento, es excluir el primero —«amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el máximo y el primer mandamiento»— y hacer del mensaje de Cristo una mera doctrina moral que, trasladada al terreno meramente social, coincide con el humanitarismo socialístico y después con la tecnocracia socialista o socializante] ... Según este principio que Dios ha dado a los hombres como regla de su conducta, ellos deben organizar la sociedad en el modo que puede ser más ventajoso al mayor número [y así el cristianismo es identificado con la organización de la sociedad en ventaja de los más] ... Yo digo que en esto, y sólo en esto, está la parte divina de la religión cristiana.— C. Admito que Dios haya dado a los hombres un solo principio; admito que les haya mandado organizar la sociedad en modo de garantizar a la clase más pobre el mejoramiento más pronto y más completo de su vida física y espiritual [ya el «conservador» ha cedido, se ha pasado al otro cam-

po, se ha caído de rodillas frente al mundo]; pero le hago observar que Dios ha dejado guías a la humanidad. Antes de volver a subir al Cielo, Jesucristo confió a los apóstoles y a sus sucesores el oficio de dirigir la conducta de los hombres, indicando las aplicaciones que debían hacer del principio fundamental de la moralidad divina y facilitándoles los medios para las consecuencias más justas. ¿Reconocéis a la Iglesia como una institución divina? [pregunta superflua, interrogación retórica, después de haber cedido más arriba]. —I. Yo creo que Dios ha fundado El mismo la Iglesia cristiana; estoy penetrado del máximo respeto y de la más grande admiración por la conducta de los padres de la Iglesia. Los jefes de la Iglesia primitiva [he aquí cómo despunta el pretexto de la Iglesia primitiva o evangélica e inmediatamente después el del pacifismo] predicaron abiertamente la unión de todos los pueblos, los exhortaron a vivir pacíficamente entre sí; declararon con la máxima energía a los poderosos que es su primer deber adoptar todos los medios a su disposición para el más solícito mejoramiento posible de la vida espiritual y física de los pobres. Estos jefes de la Iglesia primitiva hicieron el mejor de todos los libros que jamás se hayan publicado, el *Catecismo primitivo*, en el que distinguieron las acciones de los hombres en dos clases, las buenas y las malas, es decir, las que son conformes con el principio fundamental de la moral divina, y las que son contrarias a este principio. [Naturalmente, sin preocuparse del amor de Dios, de la purificación y de la salvación eterna.]— C. Ilústreme mejor su idea y dígame si considera la Iglesia cristiana infalible. —I. Toda vez que la Iglesia tenga a su cabeza a los hombres más capaces de dirigir las fuerzas de la sociedad hacia el fin divino [la organización de la sociedad, no la salvación eterna], creo que la Iglesia puede, sin peligro, ser reputada infalible [infalible según los hombres, es decir, si es regida por hombres que colaboran al progreso técnico-industrial y al bienestar] y que la sociedad obre sabiamente dejándose guiar por ella...— C. Por consiguiente, ¿se encuentra la religión cristiana, según Ud., en una difícil situación? —I. Por el contrario: nunca ha habido un número tan grande de buenos cristianos; pero, hoy, forman parte casi todos de la clase de los laicos. [Los buenos cristianos serían los industriales, los banqueros, los técnicos, etc.] La religión cristiana ha

perdido, después del siglo xv, su unidad de acción. Desde esta época en adelante no existe un clero cristiano: todos los eclesiásticos que, hoy, tratan de injertar sus opiniones, su moral, el culto y los dogmas en el principio moral que los hombres han recibido de Dios, son heréticos, porque sus opiniones, su moral y el culto y los dogmas de ellos se encuentran más o menos en oposición con la palabra divina: el clero más poderoso de todos es también aquel cuya herejía es más grave. [Si se quiere decir que buena parte del clero se ha desinteresado de la condición social de la mayoría de los hombres y que ha habido una colisión entre el alto clero como clase y la clase primero de los nobles y después burguesa y capitalística, como también una instrumentalización de la religión con fines políticos, Saint-Simon tiene razón de sobra, pero esto no significa que el Cristianismo sólo tenga una «función» social y secular].— C. ¿Qué será de la religión cristiana si, como Ud. piensa, los hombres investidos del oficio de enseñarla, se han hecho eréticos? —I. El cristianismo llegará a ser la religión única y universal; asiáticos y africanos se convertirán; los miembros del clero europeo volverán a ser buenos cristianos, abandonarán sus diversas herejías que hoy profesan. La verdadera doctrina del cristiano, es decir, la doctrina más general que pueda ser deducida del principio fundamental de la moral divina, será fundada y de súbito cesarán las diferencias que existen en las opiniones religiosas... [Hay todos los ingredientes del «ecumenismo» secularizado y desacralizado: el cristianismo mundano y social sola «religión» universal, a la que se convertirán incluso los actuales católicos y protestantes, todos heréticos por sus dogmas, para formar la «organización mundial» regida por la industria y por los bancos para el mayor bienestar.] ... La nueva organización cristiana deducirá, tanto las instituciones temporales como las espirituales, del principio de que *todos los hombres deben comportarse el uno hacia el otro como hermanos*. Ella dirigirá todas las instituciones de cualquier naturaleza que sean, hacia el crecimiento del bienestar de la clase más pobre ... La moral más general, la moral divina debe llegar a ser la única moral: es la consecuencia de su naturaleza y de su origen. —El pueblo de Dios ... siempre ha sentido que la doctrina cristiana, fundada por los padres de la Iglesia, era incompleta; siempre ha proclamado que surgirá una gran

época, a la que ha dado el nombre de *mesianica*, en la que la doctrina religiosa se manifestará en toda la vastedad de que es susceptible; que ella regulará igualmente la acción del poder temporal y la del poder espiritual, y que entonces todo el género humano tendrá una sola religión, una sola organización. [Como se ve, no falta el mito de la «gran espera», el fraude en que siempre ha esperado y espera la impiedad.]

* * *

El secularismo de origen iluminista, sansimoniana y marxista, se ha infiltrado también en la Iglesia católica; después de la última guerra ha hecho explosión en su clero y en su laicado a todos los niveles, y no hay por qué sorprenderse en cuanto que la Iglesia en su aspecto histórico está ligada al tiempo; de aquí no sólo el laboreo en su interior, renovación saludable, sino desde el interior la fuerza trayente que trata de trastornarla en el momento mismo que la solicita a hacer propia una de las dos sociedades impías, la neocapitalista o la marxista en sentido lato, caminadas a encontrarse en un socialismo tecnológico o en una tecnocracia socialista. La sociedad del bienestar habría encontrado su límite y con él descubierto su verdad si hubiera acompañado al progreso con un poderoso despertar religioso capaz, sin disminuir su impulso, de contrastar su impiedad, de vencer la desacralización; en cambio, se ha verificado una colusión cada vez más creciente entre los católicos y el secularismo más radical implacablemente perseguido por aquellas dos sociedades. De aquí el «nuevo cristianismo» parecido al cristianismo de los sansimonianos como religión laica, comprometida en favorecer la unificación de la humanidad en una especie de organización mundial que iguala a todos los hombres en un uniforme nivel de vida, realización terrestre de las promesas mesianicas, donde la paz será perpetua ya que la opulencia de la seguridad vital y la libre satisfacción de todos los deseos, sobre todo sexuales, sin el peligro de «apostarlos» por un valor o por una verdad superior a la vida: habiendo sido ya demolidos todos los tabús y las supersticiones entre las cuales las de Dios y de una vida eterna, vencida cualquier oposición del pensamiento y de la voluntad. Y así

el pacifismo, el progresismo, el modernismo y todos los temas del laicismo más intransigente desde el Setecientos hasta hoy llegan a ser temas del «nuevo cristianismo», que cesa de existir como religión y se identifica con la sociedad impía desposando sus métodos y finalidades.

El laicismo occidental, fuera y dentro de la Iglesia, se ha puesto en estado de alarma inmediatamente después de la segunda guerra mundial. El neocapitalismo tenía dos grandes temores: el comunismo, que avanzaba detrás de la potencia rusa, y el renacimiento católico; por otra parte, era consciente de que sin la ayuda de las fuerzas católicas habría sido trastornado; de aquí la necesidad de utilizarlas contra el comunismo, de comprometer a fondo políticamente a los católicos en modo de hacer prevalecer en ellos los intereses políticos y económicos sobre los religiosos, remitiendo a después la operación de regamiento del mismo comunismo. Y así ha sucedido: ha habido una afirmación política de las fuerzas católicas, una eficiencia social de las mismas, pero no ha habido un renacimiento de fe católica y de caridad cristiana, sino más bien un proceso acelerado de secularización o de corrupción del catolicismo hasta el punto de que los primeros en correr para adecuarse a las interpretaciones y a las críticas que el laicismo de todo color ha hecho y hace del catolicismo verdadero, son muchos católicos con un arsenal de especiosos pretextos y sofismas y son, sobre todo, los eclesiásticos, que corren mejor. Tal operación miraba y mira a un «encuentro» complejo: de los católicos y de los comunistas sobre la común plataforma de la sociedad del bienestar tecnológicamente organizada de modo que, por la parte que atañe a las dos «teologías», se desteologizaran o desmitificaran al máximo, y al encuentro de todos en una república mandada por la tecnocracia a la vez «socialista» y «cristiana» a su manera. Así es perfectamente realizada la «continuidad» iluminística y neoiluminística entre liberalismo, sansimonismo, comunismo y modernismo.

Otra alarma suscitó en el laicismo occidental el anuncio del Concilio Vaticano II: donde, por un lado, el dicho laicismo tuvo un nuevo temor por el impulso renovador respecto a los fines de revigorización de la fe, por otro organizó una nueva y más vigorosa ofensiva (el temor comunista había disminuído mucho) para desnaturalizarlo,

para hacerse de él un instrumento de liquilación de la fe misma y de reducción primero y de destrucción después de la Iglesia católica. En otros términos, forzar la mano a fin de que la renovación de las llamadas estructuras desviase en subversión tal que atacase a las mismas verdades reveladas; impedir el despertar de fe dentro de la sociedad del bienestar; hacer pasar por verdadero mensaje cristiano revelando la «nueva fe», las tablas redactadas por la comisión mixta de tecnócratas, marxistas y freudianos con el auxilio fervoroso de cristianos católicos y protestantes o disidentes.

El tema de la lograda «madurez» del hombre moderno, en la versión iluminística actualizada durante todo el siglo pasado y el nuestro, se ha repropuesto en pleno: reconquista de los poderes de la razón alienados en Dios de modo que se substituya el prejuicio dañoso de la Providencia por el benéfico orden racional descubierto y dominado por el hombre o por éste impuesto a la naturaleza para dominarla; rescate del trabajo alienado en el amo-explotador y capacidad del hombre, una vez despertada y madurada la conciencia social, de construir por sí un orden perfecto de justicia, que antes alienaba en un Dios amo y tirano, invención del hombre mismo, explotada por las clases dirigentes para conservar privilegios e injusticias; conciencia totalmente desplegada de la potencia de los medios cognoscitivos y operativos que, gracias al desarrollo de la ciencia y de la técnica, hacen al hombre diariamente cada vez más autónomo y autosuficiente. Llegados a este punto, no se trata sólo de racionalizar la fe (religión natural que se remonta a la antigua Gnosis), de «purificarla» de lo sobrenatural, del misterio y de toda profundidad mística y ascética, sino de «espulsarla», de signar el exilio o la defunción de la religión entendida como el conjunto de vínculos del hombre con Dios para sustituirla por la socialidad o el conjunto de las relaciones de los hombres entre sí; no se tiende a difundir el ateísmo, sino de eliminar también éste, incompatible, al igual que la afirmación de Dios, con la sociedad humana universal y autosuficiente y, por evolución, respecto a la cumbre de su madurez.

La sociedad del bienestar fin de sí misma —al grito de «caza al ladrón», que es Dios, «y a sus encubridores», que son la «Iglesia»— tiene una sola *chance* que imponer: la sociedad del bienestar es la

felicidad esperada desde el antropoide al hombre de hoy y, finalmente, inminente, sin reflexionar que lo «perfectísimo» es *ab aeterno* o no será nunca ya, que precisamente por perfectísimo, no puede ser el fruto del devenir o de la evolución. Reducidos todos los valores a los productivos de la sociedad del bienestar liberada de todos los tabús morales y religiosos y puesta ésta como el *optimum* de la felicidad y la completa liberación de la humanidad, inevitable el odio contra cuanto se le oponga; y el mensaje de Cristo, del Dios viviente, depósito de la Iglesia católica, es el opositor más irreductible.

De aquí el plan de reducción del cristianismo a la «madurez» del hombre moderno: un «nuevo cristianismo» aceptable por el adulto hecho crecer deprisa por la técnica, por la ciencia y por las varias democracias liberales y progresistas. Todo el progresismo, interno a la Iglesia católica y a las protestantes, ha puesto manos a la obra a nivel de periodistas, curas, frailes y laicos, como a nivel de teólogos, obispos e incluso cardenales, para hacer comprensible el mensaje de Cristo al hombre llegado a adulto y por esto lleno de legítimas pretensiones. Juan XIII había aconsejado a los padres conciliares «no imponer nuevas doctrinas, no formular nuevos dogmas, sino hablar de la fe de modo nuevo y lúcido al hombre de hoy, con sus palabras y con su modo de pensar». Optimo consejo: hablar de la fe al hombre de hoy con sus palabras, dejando sin cambiar e inmutables la fe y su contenido dogmático. En cambio, no, no sólo la teología «romana» ha sido atacada, desde la divinidad de Cristo a la infalibilidad y al primado del Papa, sino que el lenguaje teológico ha sido traducido en términos de democracia, de sociología, de tecnología: cada Iglesia, de Holanda, de Alemania e incluso de pueblo, se ha sentido guía de «transformaciones» conciliares en lugar de Roma e incluso en contra, con el apoyo de este o de aquel grupo de todas las fuerzas laicistas de las dos sociedades impías, según las cuales una iglesia al compás de los tiempos debe transformarse en una especie de «rotary» presidido por el Papa y en que cada uno expone sus opiniones y hace un poco de bien.

¿Y qué es lo que el hombre de hoy, «madurado» por el progreso, no comprende del mensaje de Cristo? Si es el hombre tal y como lo ha hecho el laicismo occidental culminante en la tecnológica y so-

cialista sociedad del bienestar, no comprende absolutamente nada porque se ha o ha sido puesto en la condición de no comprender, en el estado de estupidez, el único para que pueda aceptar o creer como verdad infalible, o al menos como esperanza fundada, el mito del progreso infinito cual su felicidad y su cumplimiento, optimismo infantil por debajo de toda madurez, favorecido y explotado por la malicia de quien detenta el poder y quiere aumentarlo y extenderlo. De ello se sigue que, a fin de que el hombre de hoy pueda comprender, es necesario restituirlo a su inteligencia, hacerlo volver a «pensar», obrar el milagro de hacerlo «ver»; y no se obran milagros sin fe viva, sin permanecer «fieles» al auténtico mensaje de Cristo. En pocas palabras, volver a dar al hombre de hoy el ojo de la mente o el logos humano y ayudarlo a abrir el ojo de la fe al Logos revelado; y no se comprende este último sin el otro, sin el principio de verdad, el único que hace creer como hombres, es decir, como seres pensantes y libres y no por ciego fideísmo. En cambio, se acepta el hombre de hoy tal cual es y se nos plantea el problema de cómo hacer aceptable a tal hombre el mensaje cristiano. El «cómo» es inevitable: diluyendo el cristianismo en aguas contaminadas, corrompiéndolo de modo que sea aceptado por los corrompidos. ¿Cómo se puede hacer aceptar la virtud a un vicioso que se deja tal cual es y se le anima al vicio sino corrompiendo la virtud o, si se quiere, elevando al rango de virtud el vicio y mandando a paseo a la aburrida de agrio rostro? Pero esto es un círculo «vicioso» incluso en el sentido moral, unido a una carencia de conciencia religiosa; dice claro que quien se presta a la operación de aceptabilidad del cristianismo en estas condiciones ya ha aceptado su adulteración hasta la negación; no es un cristiano que quiere «atravesar», con todo el sufrimiento y el empeño exigidos, la sociedad nueva para hacer operante en ella la Palabra de Cristo y restituir tal sociedad a sus límites o a la inteligencia de sí misma, sino un colaborador activo del sistema materialístico-tecnocrático que contribuye a corromper al cristianismo y a cualquier religión hasta su identificación con el programa de la secularización. En efecto, dado que la sociedad del bienestar no comprende ni acepta el dogma del pecado original en conflicto con el evolucionismo histórico y con el seguro mañana de felicidad, no se hable de él; dado que ha llegado

a ser «madura», póngase el acento sobre Cristo —hombre, como dice Saint-Simon—, o, mejor dicho, dígamele que en el fondo su divinidad no es necesaria para ser cristianos, y exilíense los ángeles, sin lugar en la sociedad de hoy; dado que la virginidad no es apreciada como en el pasado y ya no se creen ciertas «fábulas», entiéndase el artículo de fe «nacido de María Virgen» en el sentido de que el nacimiento de Cristo, superior a la posibilidad de José y de cualquier hombre, es un fruto de la Gracia; dado que la vida ascética y mortificadora, la oración personal y la contemplación —la primera, como tal, siempre comunitaria, y la segunda capaz de una actividad que los activistas ni sueñan— han perecido ya a causa del cambio de las costumbres, sean perseguidas como imposiciones autoritarias de la religión y de la moral represivas. En pocas palabras: puesto que la sociedad del bienestar es radicalmente impía y arreligiosa, interpretemos el cristianismo de modo que ella, avanzando en su impiedad, tenga también el *comfort* de considerarse todavía cristiana, en vez de despertarla de su estupidez trocada por madurez y de restituirla a la verdadera fe, a fin de que el bienestar pueda ser de verdad un bien y no su corrupción y su muerte espiritual. Y así se elaboran catecismos que ponen en duda o niegan todo lo que el hombre de hoy no comprende —no por maduro, sino por ofuscado y corrompido—, y lo que no comprende es la vida auténticamente religiosa y moral, lo sobrenatural y la vida eterna; no se pierda tiempo en hacérselas comprender, sino que se manipulen con el lenguaje de la sociología, de la política, de la técnica, de la economía, para una completa desacralización presentada como la nueva religión del porvenir, en que pueden creer sólo quienes niegan la Revelación, aceptada la cual, toda la historia humana es siempre nueva y contemporánea.

De aquí el profetismo y el mesianismo seculares, la ostentación de la «espera» inminente del reino terrestre, donde el mal no será ni siquiera un recuerdo, sólo porque todo será lícito a todos —«si Dios no existe, todo es lícito», escribe Dovstoievskij— y nada será pecado. Pero la «inocencia» que se promete no es el fruto de una purificación interior, de la liberación del mal, el precio de la ascesis; al contrario es una «pureza» que coincide con la pérdida de la conciencia moral de modo que lo que era servidumbre del vicio y del pe-

cado se haga libertad en el vicio y en el pecado. No se trata de hacerse «chicos» para ser más sabios que Salomón, sino de hacerse «grandes», desde la primera adolescencia, para ser libres de secundar todos los instintos y vicios predilectos, realizar la libertad sexual y con ella la felicidad. La purificación y la ascesis, el alto precio, son instrumentos del Dios muerto, tirano cruel, y de sus secuaces carceleros espirituales, enemigos de todo sentimiento humanitario a que es reducida la caridad cristiana, lo único que hace a todos bienaventurados. Este es el nuevo apocalipsis secular e impío, sin ni siquiera ya la máscara religiosa: renovación de la humanidad sin purificación, sino sólo a través de la organización tecnológica universal que proporcionará los medios para todas las satisfacciones. En efecto, los nuevos «cátaros» quieren que la Iglesia retorne a la pureza de los tiempos apostólicos y al mismo tiempo reclaman el máximo de indulgencia y de laxismo para todas las «libertades» de la sociedad de los consumos; protestan contra la actitud «servil» de la Iglesia respecto a regímenes totalitarios de derecha, sobre todo si es en países católicos; pero le quieren el crisma al socialismo tecnológico y a la tecnocracia socialista, a las dos sociedades impías; gritan contra la «riqueza» de la Iglesia y ansían ahogarse en la opulencia.

De este nuevo mesianismo se sigue que lo que hay de divino o por divinizar no está en el pasado de las viejas religiones, todas ellas malas o por lo menos muy imperfectas, sino, a través de un presente siempre en transformación y proyectado hacia adelante, en el porvenir garantizado, como pensaba Saint-Simon, por la organización industrial y social; que todo lo que del Cristianismo y del Catolicismo no soporta una relectura según el dictado de la sociedad del bienestar, es prejuicio, superstición e ignorancia. Naturalmente, también el comunismo y el marxismo en cada una de sus formas deben reducirse a esta perspectiva.

Los secuaces de Saint-Simon asignaban a Cristo —como hoy algunos de los continuadores de ellos— un puesto de honor en la nueva organización mundial: «Moisés prometió a los hombres la fraternidad universal; Jesucristo la preparó; Saint-Simon la realiza». Desde entonces el nombre de Saint-Simon ha sido substituído por más de un pretendiente, por Marx, por Lenin, por Stalin, por Ken-

nedy, etc.; los de Moisés, la antigua ley, y de Cristo, la nueva ley, se mantienen firmes, son insubstituíbles. Y es esto lo que cuenta para la inteligencia; el tercer nombre es confiado a la propaganda de la estupidez. El cristianismo no es problema de «cantidad» si no de «qualidad», de fe intensa. Al comienzo eran doce, y uno traicionó; quedaron once y hicieron fracasar el imperio romano. ¡Qué vuelvan once, pero como aquéllos!

* * *

De aquí el programa para la Iglesia: revisión y abandono de lo viejo para una Iglesia presente y operante en el mundo de hoy tal como se va haciendo, pero actuados de modo que, intacto el depósito de las verdades reveladas, puedan purificarla incluso a través del sufrimiento de su fatiga, y con el fin de que así purificada y sufrida incluso por los hijos que se rebelan y la odian, pueda atravesar la impiedad que se le opone y recuperar dentro de sí, también con motivo de tal oposición, un nuevo impulso apostólico y misionero. La renovación de la Iglesia para el renacimiento y el fortalecimiento de la fe mantenida en su integridad favorecerá el cometido de la Iglesia misma de ser, como en cada momento de la historia y de la vida de cada hombre, «contemporánea» en la nueva cultura creadora que heredará al Occidente y al Oriente redescubiertos, una vez se haya disuelto el occidentalismo, el cual, por su parte y en vista del peligro, ataca con todos los medios a fin de que pueda extender y perpetuar su corrupción.

Desgraciadamente se han intentado todas las revoluciones, menos una, la interior, la *μετάνοια*, el «cambio» radical de las propias convicciones, sentimientos y decisiones, consecuencia del estar en condición de «ver» y por eso de «conocer después» (*μετα-νοέω*). De nada sirve alterar las cosas sin el renacimiento interior, operación y responsabilidad personales: «no son las instituciones más o menos transformadas las que salvarán a la Iglesia, sino el *espíritu* que animará sus estructuras». Y el mismo Cardenal Léger precisa que «hay puntos firmes sobre los que la Iglesia tiene necesidad de certezas y de ejemplos y no de opiniones, como la fidelidad al Vicario de Cristo,

la unión de los Obispos y de los Cardenales en torno a la Cátedra de Pedro. El Papa puede ser exhortado, hasta reprendido como hizo Santa Catalina de Siena con los Papas de Aviñón, a condición de que se le considere, como lo definía aquella grandísima italiana, el dulce Cristo en la tierra». La Iglesia, por esto, tiene necesidad de fe y de oraciones, de recogimiento y de silencio, mucho menos de asambleas a chorro continuo, para nada de la προσωποποιία de curas y cardenales que se prodigan malgastándose en conferencias de prensa y en entrevistas televisivas, en la redacción repetida y perfeccionada de la *magna charta* del progresismo católico mundial, que se identifica desde cuatro siglos con la historia de la impiedad.